

EL HIJO GRIEGO

JAIME MARTÍNEZ OCHOA

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

Pasaste a tu oficina de la Secretaría de Seguridad por los expedientes del secuestro de Diana Álvarez y de la muerte del marido, que la secretaria había puesto en un gran fólder de pastas amarillas. Se trataba de un grueso legajo con las pesquisas policiales y notas de periódicos. Te dirigiste a tu casa, donde pensabas leer los documentos. Nunca te había gustado el ambiente nauseabundo de la Procuraduría de Justicia, atestado de secretarías malhumoradas y policías de gesto pendenciero. Trabajabas en cualquier lugar, cafés, restaurantes, bares, menos en tu reducida oficina de paredes blancas, decorada con almanaques poco funcionales, y una recepcionista que, con los años, se había ido volviendo amarga como una hierba silvestre. Mario Santiago aceptaba tus excentricidades porque, después de todo, nunca le habías fallado en ningún caso.

En aquel tiempo vivías en una casa de dos plantas y tres habitaciones, situada en la esquina de una callecita silenciosa que colindaba con los jardines de la Biblioteca Pública. Desde la ventana del cuarto que habías habilitado como estudio se veía, detrás de la cerca de malla ciclónica, el amplio patio de losas tras el que se extendía un bosque de álamos. En el extremo derecho se levantaba el edificio del Planetario; a un lado, siguiendo el perfil de una línea de fresnos, la torre del Hotel Fiesta Inn, el Centro de Convenciones y el Teatro Morelos. Era una parte de la ciudad que te gustaba porque el ruido de las grandes avenidas que la circundaban llegaba amortiguado como un eco. Pese al silencio y la ausencia de movimiento, te daba la impresión de estar todo el tiempo acompañado.

Mirando melancólicamente la calle vacía, pensaste en Diana Álvarez. Apenas un día antes había estado viva, con

todo su hermoso cuerpo hirviendo de sangre. Ahora había entrado en una dimensión desconocida, que llamábamos muerte a falta de una palabra mejor. Su asesino, en cambio, se aprestaba a huir, a esconderse como una rata, a hacer todo lo posible para burlar a los policías. Aunque pensabas que cada caso era una oportunidad para escalar peldaños en la escalera del perdón, eras escéptico respecto a los resultados. Todo dependería, en última instancia, de que tú mismo te perdonaras por las faltas cometidas.

La historia empezaba, en ese caso, con Roberto Palacios, el esposo de Diana, muerto de manera inexplicable al caer por las escaleras de su casa. En el expediente aparecía una fotografía de cuerpo entero: un hombre alto, delgado, de cara caballuna y ojos de lunático. Miraba severamente a la cámara, el rostro irónico, inexpresivo, la boca torcida en una mueca de desdén o aburrimiento, vaya a saber el diablo qué. Era un hombre que, como decían los libros de superación personal, se había forjado a sí mismo. Recién egresado de la carrera de Administración y asqueado ante la perspectiva de emplearse en alguna empresa, donde se dedicaría a hacer crecer el dinero de otro, decidió poner una tienda de ropa para mujer. Pidió un préstamo al banco, poniendo como aval la casa de su madre y fue a las tiendas de la Ciudad de México a comprar prendas baratas en grandes cantidades, que vendió casi al costo en un mercado público de Morelia. Después, en vez de ir a las tiendas fue directamente a los talleres para abaratar los costos; luego, en vez de ir a los talleres puso sus propios talleres y contrató a sus propios obreros. Ya para entonces tenía una tienda en el centro de la ciudad. Como necesitaba diseños para sus prendas, fue a una escuela de modas textiles y ofreció a las estudiantes que estaban por conseguir su diploma un convenio mediante el cual él les daría la oportunidad de exhibir sus prendas; les pagaría un porcentaje, pero a cambio les pondría el nombre de su marca a todos los diseños que aceptara comprar. En cinco años, la tienda se convirtió en dos tiendas; en diez años, en cuatro tiendas, además de un centro de diseño textil que amplió su mercado a los manteles, las servilletas, las fundas para cama, las colchas.

En ese lapso se casó con Diana Álvarez, una joven diseñadora que había entrado a trabajar en una de sus tiendas como dibujante y que poco a poco fue escalando posiciones hasta convertirse en la gerente. Roberto Palacios, además de ser un lobo para los negocios, era un tipo autoritario y caciquil que, según sus conocidos, estallaba en violencia a la menor provocación. Para él no había más que su voluntad. Lo que decía se hacía sin el menor reparo y nadie podía darle la réplica, so pena de ser marginado, si era un amigo, o despedido, si era un empleado. También era mujeriego: en una plantilla de cien trabajadores, noventa por ciento lo constituían mujeres. Él mismo las entrevistaba cuando iban a pedirle un puesto: si ellas no se querían acostar con él, no las admitía; si después lo rechazaban, las corría sin miramientos (decían algunos testigos). En esos afanes era democrático: no tenía ninguna predilección por algún tipo de mujer en especial; en una nota se consignaba que sólo necesitaba que tuvieran agujeros entre las piernas para desearlas. Se acostaba lo mismo con las jóvenes diseñadoras que le iban a mostrar sus piezas que con las chicas de la limpieza. Tenía su pequeño imperio y si alguna mujer quería entrar en él ya sabía qué hacer; si se rehusaba, podía largarse por donde había venido.

Diana Álvarez, bajo la influencia del marido, o tal vez porque no quería ser gerente de una tienda toda su vida, decidió poner sus propios negocios, ninguno de los cuales prosperó: puso una tienda de alta costura que quebró a los dos meses; puso un bar bohemio, que cerró a las cinco semanas. El marido, que debía considerarla más como una propiedad que como una mujer, le consentía todos aquellos caprichos; sin embargo, nunca dejaba de recordarle que no tenía madera de empresaria. Lo suyo era la casa, solía decirle (según algunos empleados), e insistía en que si quería trabajar debía hacerlo como contralora de sus tiendas, pues sabía que las gerentes le robaban. En ese tiempo nació Carlos, un chico enfermizo que pareció no heredar ninguno de los atributos de sus padres: ni la enjundia empresarial del padre, ni la belleza activa de la madre. Creció entre sirvientas, en una casa enorme en la que no faltaba nada.

Pese a los fracasos, Diana no cejó en sus empeños de convertirse en empresaria. Un día se acercó a ella un joven recién egresado de la Facultad de Contabilidad, quien le pidió trabajo “en lo que fuera”. Ella retomó su idea de la alta costura y el bar bohemio. Entonces, de la mano de Lope Juárez, que a partir de ese día se convirtió en su administrador y secretario, lo que antes había sido un fracaso se convirtió en un éxito (según testigos). Lope era un tipo de talento, extrovertido, dinámico, entusiasta y tenía la ventaja de ser homosexual, lo que a Diana le vino de maravilla: de ese modo no despertaría las sospechas de su marido que, como todos los hombres infieles, era celoso hasta la exageración. De la mano de Lope ella empezó a cosechar los éxitos de su enjundia. A los cuarenta años era una mujer emprendedora, que se movía con facilidad en el mundo de los empresarios. Llegó un momento en que no necesitó el dinero del marido para prosperar: le pagó lo que le debía y le pidió sólo lo necesario para la manutención de la casa. Aunque ella sabía que todo se lo debía al talento de su administrador, se decía a sí misma que si no le hubiera dado la oportunidad ninguno de los dos habría tenido éxito.

Cuando mejor empezaba a irle, vino lo del secuestro. En este caso, el informe era muy breve. Había estado un mes encerrada en un fraccionamiento cercano al poblado de Jesús del Monte. Cuando se pagó el rescate la encontraron vagando semidesnuda por la plaza de Santa María. Una semana después, al proseguir las investigaciones, los policías descubrieron la casa de seguridad, que estaba en un pueblo a medio construir a espaldas del Tec de Monterrey de Morelia. Ahí hallaron otra sorpresa: en un cuarto yacían los cadáveres de dos secuestradores. En el jardín, debajo de un árbol, estaba otro secuestrador, también muerto, aunque en una fecha más temprana, quizá un mes antes, al inicio del secuestro. Faltaba un delincuente, Polonio Díaz, un ex policía al que se identificó como jefe de la banda, del que hasta la fecha no se sabía nada. La policía había concluido que los secuestradores habían matado al primer compañero por algún problema interno y que después el jefe había ultimado a los otros para quedarse con todo el botín. Había una fotografía del jefe: un

sujeto de rostro cuadrado, con rasgos brutales y mirada aviesa.

Después del secuestro, cuando Diana volvió a la casa, las diferencias entre la pareja parecieron ahondarse (según testigos). El dinero con el que se había pagado el rescate, según el expediente, no era de él sino de ella. En este caso, parecía que había sido Lope Juárez, no Roberto Palacios, quien se había encargado de las negociaciones con los delincuentes. El administrador de Diana había vendido propiedades, había solicitado préstamos bancarios y había recabado el dinero; el marido se había limitado a recoger la suma y, llegado el día, entregar el paquete donde le indicaron los plagiarios. Lo que vino a continuación al parecer marcó una diferencia entre la Diana mujer de un empresario metida a empresaria y la Diana dedicada exclusivamente al mundo empresarial. Porque, contra toda lógica, ella regresó a la vida (sus propias palabras) con la idea de no dejarse arredrar por la fatalidad. El mes de reclusión, en lugar de convertirla en una mujer temerosa la convirtió, por el contrario, en una mujer enérgica. Aliada con Lope, a quien le tomó un cariño insobornable (decía el expediente), decidió resurgir de sus cenizas: su nueva vida debía ser un signo de la superación personal, no del fracaso. Pidió préstamos, vendió joyas, vestidos; lo único que no se permitió fue la humillación de recurrir a la ayuda del marido. Al poco tiempo su tienda de ropa exclusiva y su bar bohemio volvieron a florecer. En tres años las cosas se estabilizaron. Todo el dinero que ganaba lo invertía y de esa manera las inversiones se multiplicaron.

¿Qué pasó en esos años entre Diana Álvarez y Roberto Palacios? Sobre eso, los documentos oficiales guardaban silencio. Sin embargo, una noche, tres años después del secuestro de Diana, Roberto salió de la habitación de su mujer (dormían en cuartos separados) y al dar la vuelta para dirigirse a su estudio chocó con el pasamanos de la escalera y se precipitó en el vacío. El dictamen médico especificaba que había bebido dos cervezas y cuatro whiskys. Había ido a la habitación de su mujer a darle las buenas noches, según informó Diana, y aunque no parecía ebrio, al salir ocurrió el percance que le había costado la vida. Cuando ella bajó

Cuando salieron de la casa de Diana era la hora de la comida. Hablaste con Karla y acordaron verse en un restaurante de mariscos de la avenida del Panteón Municipal. Fuiste a tu casa a darte un baño y cambiarte de ropa tras quedar con Marco de verse en la tarde. Debían interrogar más a fondo a los vecinos de Diana para averiguar si conocían la existencia de un personaje furtivo que solía visitarla cada cierto tiempo. Pese a que no creían obtener ningún resultado positivo, había detalles que la investigación no podía pasar por alto. Así como la respuesta al enigma podía estar en la casa de la empresaria, también podía estar afuera, en las calles que la rodeaban. Estabas sentado en un sillón, amarrándote las agujetas de los zapatos, cuando sonó el teléfono.

Kari, pensaste.

Sin embargo, pensar que era Kari era estúpido. Muchos años antes, en el primer aniversario de su suicidio, el teléfono había repicado con la misma insistencia, como si quisiera transmitirte una desesperación muy honda; cuando levantaste la bocina no había nadie del otro lado. Al año siguiente la llamada se repitió, el mismo día del aniversario. Se volvió a repetir en los años siguientes y luego desaparecieron durante un tiempo; regresaron después, ya no en el día del aniversario sino en cualquier día. El teléfono sonaba y cuando levantabas la bocina no había nadie del otro lado. Como te dije yo en varias ocasiones, pensar que se trataba de Kari era absurdo. En realidad era algún familiar de tu ex mujer que quería castigarte por haberla inducido supuestamente al suicidio. Sin embargo, desde el primer momento pensaste que se trataba de Kari, del fantasma de Kari, y ya no pudiste quitarte esa idea de la cabe-

za. Aunque eras ajeno al pensamiento mágico, no dejabas de pensar que, desde otra dimensión, Kari quería castigarte por tu indiferencia. A veces pensabas que con esas llamadas quería llamar tu atención sobre algo, como si quisiera decirte que allá donde estaba, la gloria o el purgatorio, la seguían acosando los mismos sentimientos de miseria que la habían asaltado en vida. Kari se había matado después de una salvaje discusión, en la que te había reprochado por enésima vez una infidelidad que no había ocurrido. La pobre se había enredado en una nube de despropósitos mentales que con el tiempo fueron creciendo hasta convertirse en una verdad tangible. En ese caso, tu drama era que te sentías culpable por no haber sabido adivinar lo que ocurría en su mente. Ese era tu peor caso, el caso que te había llevado a investigar crímenes, el caso que creías que resolverías cuando hubieras resuelto una cantidad indeterminada de casos.

El teléfono ya no volvió a sonar. Sin poder vencer el desasosiego subiste al auto y te dirigiste al restaurante. Karla ya estaba en una de las mesas del salón superior, donde las ventanas abiertas dejaban entrar un viento suave impregnado de olores de lluvia. La chica llevaba puesto un vestido color malva de tirantes que destacaba el volumen de sus pechos. Siempre te había seducido el milagro de aquella hermosa carne morena, que se abría a los elementos como una flor de temporada. Karla representaba la juventud y el vigor de la misma manera que Kari, que había muerto a los veintitrés años, representaba la muerte y la enfermedad: tú te movías en medio de las dos como un espectro en busca de sentido.

Mientras comían, Marco te habló por teléfono para decirte que el entierro de Diana se había programado para esa noche. El hijo había decidido adelantar las exequias.

—¿Dónde será?

—En Jardines del Ángel.

—Me daré una vuelta por ahí.

—Ya concerté las citas con el político y el administrador.

Habrías querido pasar un par de horas con Karla, pero tenías trabajo por hacer. Cuando terminaron de comer la

llevaste a su departamento y después te dirigiste al enclave de la avenida que hacía confluencia con la calle en la que se levantaba la casa de Diana, donde ya te estaba esperando Marco, acompañado de otros dos agentes.

Durante unas tres horas los cuatro se dedicaron a interrogar a los vecinos que vivían en las calles que convergían en la casa de la empresaria. Hablaste con sirvientas desconfiadas, que respondían con monosílabos a las preguntas; con el entrenador de un gimnasio; con una mujer de aspecto histérico que te dijo que cualquier vecino podía ser el sospechoso, dada la cantidad de narcos que se habían ido a vivir a la colonia. Todos conocían la noticia de la muerte de Diana y tenían sus propias hipótesis. Para algunos, Diana escondía alguna joya muy valiosa; para otros, la había matado un ex empleado furioso porque lo había despedido. Pese a que no la conocían personalmente, para la mayoría de sus vecinos, especialmente aquellos que no pertenecían a su mismo estatus económico, Diana era una mujer perversa. Cuando les preguntabas a qué atribuían aquella perversidad no sabían decir nada, excepto que tenía mucho dinero.

Hiciste un alto bajo el alero de una casa abandonada, a través de cuya barda derruida se veía un patio invadido de vegetación y la barranca de la avenida Camelinas. Al final, llegaste a la misma conclusión que había llegado Marco un día antes: en esas zonas residenciales los dueños vivían tan encerrados en sus propias islas de confort que nadie tenía tiempo para averiguar lo que ocurría en las calles. Los pequeños comerciantes, por su parte, habían visto lo que habían querido ver; podían haber hablado con el asesino sin saber que lo era. Aunque lo del amante secreto era una simple hipótesis, trataste de imaginarte el comportamiento de una persona así. Llegaba a eso de las doce de la noche, cuando ya todo estaba oscuro y dejaba su vehículo en algún sitio apartado. Caminaba por las calles en penumbras, quizá vestido de negro, con alguna gorra cubriéndole la cabeza; empujaba la puertita, que Diana había dejado entornada para facilitarle la entrada. En la casa ya lo estaba esperando ella, con bebidas y bocadillos y su hermoso coño rasurado en forma de corazón. No sabías por qué, te enternecía

aquel amor furtivo. Te volviste a hacer la misma pregunta de antes: ¿Por qué se veían de esa manera? Podía haber miles de razones, empezando por la necesidad de aventura, que nunca desaparecería del alma de los seres vivos. También podía tratarse de una relación extraña, que ella quería mantener oculta: quizá su amante era un jovencito o una mujer. ¿Y ese objeto sexual que servía para conseguir penetraciones dobles? Te resultaba difícil imaginarte a Diana en alguna postura sexual, pese a que aquello no tenía por qué resultar inverosímil. El hecho de que fuera una máquina de hacer dinero no tenía por qué eliminar su lado femenino.

Diste un rodeo por las calles laterales y llegaste a un bosquecillo de higueras, en el límite de las barrancas. A la izquierda se abría una calle, cerrada al fondo por otra calle, detrás de la cual se levantaba una cerca de tabiques descubiertos rematada por un gusano de alambre de púas. Pensaste que la calle del fondo estaba cerrada, pero una vecina te dijo que a la derecha había un muro de contención y, enseguida, una callecita que bajaba hasta otra calle que conectaba con el Libramiento. La seguiste: la barda había sido construida para evitar que los autos se precipitaran al vacío. La calle daba, efectivamente, con otra calle que se detenía abruptamente ante la avenida; a unos metros había un puente vial que los habitantes de la zona habían convertido en un túnel para cruzar hacia la otra colonia sin el riesgo de ser atropellados. En suma: el asesino tenía un montón de caminos por donde llegar a la casa de Diana sin llamar la atención. Podía haber utilizado uno solo o bien utilizarlos de manera alternativa, uno para llegar, otro para irse, una vez uno, otra vez otro, de manera indefinida. Incluso hasta podría haber subido por la barranca: en la parte baja había un parquecillo público que colindaba con los muros de la casa de Diana.

Cuando se reunieron en la puerta de la casa de Diana, Marco tenía un dato que podía servirles de punto de partida. Al menos dos vecinos de las primeras casas de la calle habían visto una camioneta negra estacionada una cuadra abajo, en la parte media de la colina. La parte principal, que daba toda sobre la barranca, estaba cercada por una gruesa malla ciclónica,

El político Cristóbal Rojas aceptó recibirte en su oficina después del entierro de Diana. Trabajaba en un edificio de tres plantas ubicado a unos metros de un gran complejo comercial. Desde el amplio vestíbulo acristalado, donde una secretaria contestaba continuamente el teléfono, se podía ver el vasto edificio de una Mega Comercial, cuyas paredes transparentes dejaban vislumbrar a las amas de casa que deambulaban por los pasillos atiborrados de mercancías.

La historia del político era muy parecida a la de otros políticos mexicanos. Después de haber sido líder juvenil del PRI, Rojas había saltado a la secretaría de gobierno estatal cuando todavía no cumplía los veintisiete años, lo que dio pie a muchos para decir que sería una figura importante del país. Más adelante, tras la ruptura de una corriente reformista en ese partido, se había incorporado a la coalición de izquierda. Había sido dos veces diputado, dos veces senador y dos veces candidato a la gubernatura del estado. La primera vez había perdido debido a un fraude, según le gustaba repetir; la segunda vez porque sus errores le costaron votos. Quiso competir por tercera vez pero su partido le cerró las puertas; se afilió al PAN pero ahí apenas lo tomaban en cuenta. En la actualidad, mientras decidía qué puesto buscar, se dedicaba a la administración de varios centros nocturnos, algunos de dudosa moralidad, que ya le habían causado serios problemas por trata de blancas. Para cuidar las apariencias, tenía un restaurante familiar especializado en comida italiana. Una larga vida dedicada a la política lo había hecho rico, lo que le permitía cierta clase de lujos, por ejemplo tener esa amplia oficina de acabados finos. Aunque militaba en un partido de

derecha, seguía considerándose de izquierda, según leíste en el reporte de Marco. Había justificado su salida de un partido y su entrada en otro con una frase que lo pintaba de pies a cabeza: la lucha política hay que darla desde cualquier bando. No especificaba cuál lucha, pero en su caso debía referirse al enriquecimiento personal.

Su amplia y luminosa oficina era una continuación del vestíbulo. En las paredes de color claro colgaban reproducciones de pinturas de artistas mexicanos y fotografías de los héroes tradicionales de la izquierda latinoamericana. En una pared, un librero con pocos libros, la mayoría enciclopedias ilustradas, un aparato para oír música y discos de la trova cubana. En una esquina se destacaba su gran escritorio, de caoba brillante rematado de bronce, con una superficie de grueso cristal oscuro encima. Había un armario de la misma madera y, a unos pasos, una salita para juntas, con dos sillones de cuero orientados hacia un ventanal por el que se veía el bulevar. En las paredes, fotografías de él acompañado de numerosos jefes de estado de diferentes partes del mundo, tomadas en suntuosas galerías atestadas de muebles oficinescos. En lo alto, como presidiendo el mosaico de fotos, se destacaba una imagen de Diana: la empresaria aparecía en un tramo de césped rodeado de árboles, frente a un sendero que conducía a una playa.

—Es mi casita de campo —dijo Rojas—. En Ixtapa.

—¿De qué tiempo es?

—Hace cinco meses.

Fue en la salita donde se sentaron, luego de que Cristóbal te estrechara la mano efusivamente. Vestía un traje oscuro, una camisa azul cielo y una corbata color caqui. El único detalle que demostraba su luto era un moñito negro que llevaba en la bolsa de la camisa. Por lo demás, no parecía apesadumbrado. Te preguntaste qué significaba asumirse como un político de izquierda y estar en un partido de derecha, que luchaba contra todo lo que tú, supuestamente, defendías. Sin embargo, esta situación no tenía nada de extraña; en otros países quizá sí lo era; en México no: los políticos pertenecían a una raza camaleónica, que cambiaba de color de acuerdo

con sus intereses particulares. Ninguna abyección era demasiado grave cuando se trataba de mantenerse cerca del poder. Podían estar en contra de la pena de muerte y militar en un partido que promoviera esta iniciativa sin que se les moviera un músculo de la cara. Como había dicho el gran clásico: la política es el arte de tragar mierda sin hacer gestos.

—Detective, lo vi en el panteón, pero cuando salí se había marchado. Pudimos haber hablado ahí. Yo no tengo mucho qué decir. Me he asesorado y sé que no debo reservarme nada ante usted. La muerte de Diana ha sido un golpe brutal, se lo juro. Todavía esta mañana, al despertar, no lo podía creer. ¿Tiene algún sospechoso?

—Aún no.

—¿Quiere tomar algo?

—Café estaría bien.

Por su línea telefónica llamó a la secretaria y le pidió dos cafés. Tenía una cara larga, caballuna, que quizá él consideraría si no atractiva al menos “interesante”. Sus ojos, de un azul intenso, miraban como desde detrás de un cristal límpido. De él emanaba una cierta seguridad nerviosa. En el perfil de Marco se consignaba que en su época de senador había ocupado la comisión de Asuntos Internacionales y que poseía el récord de ser el legislador mexicano que más viajes había hecho al extranjero. Tenía fama de haber sido muy mujeriego, de ser adicto a la cocaína, de gustar de las orgías sexuales; se contaba que en una ocasión, bajo los influjos de la droga, había perseguido a su ex mujer por el jardín de su casa con un cuchillo en la mano. Ahora, al parecer, lo que más le gustaba era reunirse con jovencitos. Aunque nada de eso fluyera de su persona, pues era un tipo de maneras diplomáticas (no por nada había sido funcionario), tenía un rostro enfermizo, tirando a amarillento. ¿Era para él que Diana se rasuraba el pubis en forma de corazón? ¿Él era su ogro?

Insistió en que la muerte de Diana era algo difícil de admitir. Ella no se merecía algo así. Cuando le dieron la noticia no lo podía creer; se habían visto un par de horas antes de la comida. No mentía si decía que había pasado toda la tarde sumido en un shock, pensando obsesivamente en el asunto.

¿Quién podía, ya no matarla, sino odiarla al grado de soltarle un disparo en la cabeza?

—¿Usted la conocía, detective?

—No.

—Si la hubiera conocido, como yo, sabría que no había ninguna razón para matarla. Era una mujer maravillosa.

El político hablaba sin parar, sacudiendo las manos, en uno de cuyos dedos brillaba una sortija. Con cada movimiento su camisa emitía resplandores sedosos. Trataste de imaginártelo con Diana en algún sitio íntimo. No pudiste: tú no habías conocido a la empresaria y no sabías si ella era tan frívola como él. Pero sí pudiste imaginar qué tipo de mujeres debían andar con Cristóbal: altas, guapas, algo sofisticadas, más viejas que jóvenes, desenfadadas, putísimas. Los jovencitos debían ser maricones de penes grandes y actitudes patibularias, que le daban palmadas en las nalgas antes de sodomizarlo. Pensaste entonces que el hijo tenía razón y que tanto él como Diana se utilizaban para darse imagen. En el perfil de Marco se consignaba que durante sus épocas de funcionario siempre había tenido a su cargo un periodista y un fotógrafo para que reprodujeran en los diarios la menor tontería que dijera. Un hombre público, eso era: su andar por el mundo, sus palabras, sus gestos, debían ser reproducidos en las televisiones, en los diarios, en las revistas, para adquirir realidad. Costara lo que costara.

—¿Eran serias sus relaciones con Diana?

—¿Qué quiere usted decir con la palabra serias, José?

—¿Tenían compromisos formales?

—¿Cómo casarnos?

—Algo así.

El político dijo que, al principio, su romance con Diana había sido un asunto de relaciones públicas. Los dos se necesitaban: él era político, ella empresaria. Tras su divorcio, sus votos habían bajado considerablemente. Curioso: los mexicanos aceptaban más fácilmente que un político cambiara de partido antes que se separara de su mujer. Así que, de todas sus amigas, había optado por ella; iban a comer una vez a la semana, él visitaba su casa regularmente, la llevaba a sus cenas

con personajes importantes. Diana, como él, estaba curada de espantos respecto a los convencionalismos. No era inocente. También ella lo necesitaba a él para hacer buenos negocios; él tenía contactos en el mundo de la política, que no se distingue mucho del mundo de los negocios. Después, la cercanía los fue estrechando. En este momento se podía decir que sus relaciones habían llegado a un buen punto. Él no quería admitir todavía que estuviera muerta; había leído las proclamas de los empresarios en los diarios; él mismo había solicitado esa mañana que se publicara su postura al respecto. Condenaba los hechos y exigía que las autoridades lo solucionaran a la brevedad posible.

—Empezamos a hablar de una fecha —dijo.

—¿De boda?

—Así es. Pero antes nos íbamos a ir unas dos semanas a Cancún. Queríamos tomarnos un largo descanso. Disculpe detective, ¿no toma notas?

—Prefiero que esto sea una conversación normal.

—Pensé que era sospechoso.

—¿Lo es?

—No.

—Tiene usted una buena coartada.

—Soy un hombre público. Cualquiera sabe dónde ando y qué hago. Esta mañana hablé con su jefe, Mario Santiago, y dijo que no me preocupara, que la entrevista sería de mero trámite.

—¿Se acostaba con Diana?

Los ojos de Rojas brillaron; suspiró.

—Quiero obviar algunas cosas —dijiste.

—Lo comprendo. Yo también soy directo. ¿Para qué andarse por las ramas si podemos hablar directamente? Esto lo sabe muy bien un político. Pero prefiero reservarme esa respuesta. Le diré algo, sin embargo, nuestras relaciones sí eran muy íntimas.

—¿Qué tan íntimas?

—Tan íntimas como pueden serlo entre dos personas que se quieren.

Te volviste a preguntar si era para él que Diana se ponía